

LAZARILLO

# Personajes de novela, gente del barrio

por Paco Martín



Paco Martín.

## La vida de Lazarillo de Tormes

**S**upe de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* por una de aquellas antologías que, impresas en un papel grueso y ordinario, utilizábamos en los primeros cursos de bachillerato y que reproducía, supongo que al igual que casi todas, el fragmento del «Tratado primero» en que

Lázaro y el ciego se reparten un racimo de uvas.

Debo decir que, en aquel tiempo, comenzábamos el bachillerato con diez años y que yo había llegado al instituto sin más lecturas que las de aquellas enciclopedias escolares que iban subiendo de grado conforme uno crecía en edad y en las que aparecían,

además de un montón de lecciones referidas a todas las materias, algunos poemas, pocos, que debíamos memorizar y que, después, repetíamos una y otra vez. También es verdad que habían sido muchísimas las horas que pude pasar jugando, buscando nidos, bañándome en el río y escuchando contar historias, lo que, creo yo, debió compensar, en cierta medida, aquellas otras carencias.

El caso es que un día, sería en segundo o tercer curso, leímos en clase aquel fragmento del *Lazarillo*, comentamos lo de los niños que acompañaban ciegos, hicimos una redacción sobre el tema y, transcurrido algún tiempo, pasamos a ocuparnos del cuento de Bécquer, «Maese Pérez el organista». Para entonces un servidor ya había descubierto la biblioteca del instituto que era, al menos eso me parecía, un lugar lleno de misterio y un tanto amedrentador, tal vez porque el hombre que la atendía, alto, adusto con espeso bigote negro y siempre vistiendo un feo guardapolvos gris, te entregaba el libro que pedías con la actitud de quien ha de desprenderse de una parte de sí mismo. A veces uno tenía la sensación de estar robándole algo. El caso es que allá fui, movido por el interés que el fragmento leído había despertado en mí, en busca del *Lazarillo* completo.

Era, para sorpresa mía, un libro mucho más delgado de lo que yo imaginaba. No sé, naturalmente, si se tra-

taba de una versión basada en la edición de Burgos, en la de Amberes, en la de Alcalá, en todas o en ninguna de ellas, lo que sí recuerdo es que estaba encuadernado artesanalmente y tenía las tapas de color azul oscuro. Creo recordar también que, al entregármelo, el hombre de la biblioteca me miró y en sus ojos creí adivinar algo semejante a la simpatía. La verdad es que, de esto último, no estoy muy seguro.

Llegué a casa y me metí, con el libro, en la cocina, que era el lugar menos frío y donde más tiempo pasábamos todos, y allí, con mi madre moviendo cacharros, mi hermano pequeño tirándome de la ropa para que jugase con él y la radio zumbando un serial lacrimógeno, me lo leí entero de una sentada. Había un estudio preliminar de no se quién, pero eso, si he de ser sincero, me lo salté olímpicamente para ir directo al grano. Fue muy emocionante y estaba tan contento al terminar que mi madre quiso saber de qué iba aquella historia que había sido capaz de ilusionarme de ese modo y me pidió que se la contase. No lo hice porque sabía que eran muchas las cosas que no había comprendido bien y tenía intención de repetir, con más calma, la lectura.

Esto era un martes y el viernes por la mañana, como era preceptivo, devolví el libro a la biblioteca del instituto después de haberlo leído tres veces y de habérselo contado a todos los de casa aprovechando un almuerzo. Durante el relato había sido todo lo prolijo que se permitía —tenía que disimular, en lo posible, cualquier referencia a la situación familiar de Lázaro y a algunas otras cuestiones que pudiesen desdecir de lo que, en aquel tiempo, se entendía como modales propios de un chico educado al relatar los orígenes y primeros años del protagonista y procurando dulcificar las crueldades del ciego para con el muchacho, que yo imaginaba de una edad semejante a la mía, porque sabía ya de la violencia que él iba a usar



con el viejo, al que me parecía estar viendo tendido en el suelo, moribundo tal vez, bajo el aguacero y rodeado de toda aquella gente que había acudido, quién sabe si sólo a curiosar, mientras Lázaro se alejaba a todo correr, saltando como un gamo para evitar los charcos.

No usé, desde luego, de igual misericordia al relatarles el episodio del clérigo avariento, donde, creo recordar, cargaba todo lo posible las tintas al dibujar las penurias del chico, el ingenio que precisaba para intentar salir de ellas y la mezquindad y codicia del amo.

Al llegar al «Tratado tercero» aquel que nos cuenta «Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él», que era —y sigue siendo— mi preferido, creo, sin falsas modestias, que estuve realmente brillante... De hecho fue el único capítulo que hube de repetir, a petición de mi auditorio, en posteriores ocasiones. Y es que me sentía profundamente impresionado por la generosidad del pobre mozo, por la solidaridad posible entre los más desvalidos, por el encubierto, pero siempre latente, agradecimiento del desdichado, aunque vanidoso, escudero. Tan hermosa era aquella relación, difícil y sencillísima al mismo tiempo, donde el más débil quiere, puede y sabe tutelar, porque de un amigo se trata, a quien desea jugar el papel de mayor lucimiento sin dejar, en el fondo, de saber cuál es su lugar correcto. Yo sé que dejaba traslucir en todo cuanto decía mi amor por ambos personajes

y sé, también, que así llegaba a quienes me escuchaban a través del vapor que se desprendía de los platos llenos de caldo.

Por los capítulos del fraile de la Merced, del buldero y del capellán pasé a bastante velocidad y sin pararme en detalles hasta llegar al último donde estuve dando rodeos eufemísticos para poder explicar la situación matrimonial del pregonero Lázaro sin que advirtiesen malicia en lo que decía y sin que mi madre llegara a escandalizarse por lo del arcipreste. No era fácil, pero yo quería dejar, dentro de lo posible, las cosas bien claras.

Decidí entonces echar mano de un recurso, bastante afortunado pensaba yo, para que todos entendiesen lo que pretendía explicar sin comprometer mis buenos modales y mi pretendido desconocimiento de ciertas cosas que, por más naturales y notables que ellas fuesen, no estaba nada bien visto que un niño supiese. Y comencé a identificar los personajes de la novela con vecinos nuestros, con gentes del barrio a las que todos conocíamos, y yo mismo me extrañé de lo fácil que resultaba, de lo bien que se podían hacer cuadrar los tipos de ficción con algunas personas de nuestro entorno. Aquello funcionó perfectamente en todos los casos, pero en el de Lázaro pregonero y casado, mucho mejor todavía. Vivía allí cerca un matrimonio que, salvo en algunas cosillas de poca monta, en todo se correspondía con el de la historia y a ellos puse como ejemplo.

Supe enseguida que mis padres habían entendido perfectamente, no sólo lo que el libro decía sino también que yo me regocijaba con ello y que, además, estaba enterado de cuantas habladurías y chismes corrían por el barrio. Está claro que, sin quererlo, había matado dos pájaros de un tiro. Pues qué bien.

Quizás sea ésa una de las razones por las que, cada cierto tiempo, necesito coger el *Lazarillo* y leérmelo de una sentada. ■